

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL AÑO NUEVO
Sèvres, 1 de enero de 1963 (mañana)

Hoy quisiera deciros unas palabras sobre lo que nos enseña la tradición esotérica con respecto al primer día de año nuevo. Como sabéis, los únicos conocimientos que me interesan son aquellos que pueden ponerse en práctica; así pues, lo que voy a deciros encontrará aplicaciones inmediatas en vuestra vida cotidiana. La Cábala nos enseña que cada nuevo día es un ser vivo, sensible, que graba todo lo que pensamos, todo lo que vivimos. Así pues, se puede decir que los 365 días del año son como una cinta magnética en la que cada día se graba todo lo que ha habido de bueno y de malo, lo que es blanco y lo que es negro. Cada año de nuestra vida representa así una cinta magnética grabada.

Generalmente el primer día del año encuentra a las personas en los cabarés; quieren festejar el año nuevo, es por ello por lo que lo empiezan divirtiéndose, entre placeres y locuras. Luego, durante todo el año, vivirán en la futilidad y la inconsciencia, y como la inconsciencia acarrea tribulaciones, éstas se presentan muy pronto. Es estúpido comenzar el año con semejantes manifestaciones, porque demuestra que no se tiene noción alguna del aspecto espiritual y mágico de cada cosa. Ahora bien, es eso lo que a nosotros nos interesa.

El año nuevo es enteramente nuevo, pero al mismo tiempo es viejo por todo lo que el hombre ha vivido ya. Como el agua pura de las montañas que viene a mezclarse con el agua estancada de la llanura, el año nuevo, que es original, no lo es del todo, porque los hombres arrastran multitud de cosas viejas con ellos. Por esto, aunque sea todo nuevo, no consiguen vivir una vida nueva.

El año nuevo está virgen y sin mácula, pero ¿en quién se abalanza? ¿En casa de quién se introduce? El pasado, es decir, los estados y los acontecimientos que el hombre ha vivido se inscriben y quedan grabados en

él. Por esto le es muy difícil borrar esas huellas, esas grabaciones, esos clichés del pasado. Para conseguirlo le es necesaria una gran ciencia y también mucha paciencia y voluntad.

Pero cuando yo hablo del pasado, no sólo me refiero al pasado de esta encarnación, de los días y de los años que hemos vivido, sino también al de otras encarnaciones, pues el hombre arrastra las marcas de su pasado cercano y lejano. Sólo los Iniciados saben trabajar sobre sí mismos para limpiarse de las manchas del pasado; los demás no sospechan siquiera que haya un trabajo a hacer para que el presente que brota siempre nuevo no sea contaminado por lo viejo, por lo caduco. La cuestión no es tan simple como parece. Desgraciadamente la mayoría de la gente no piensa que tenga que estudiar, profundizar, transformar: esperan el año nuevo en la convicción de que por fin este año les proporcionará lo que desean: el gordo de la lotería nacional, el matrimonio con un príncipe, la fabulosa herencia de una abuela o de un tío de América. Otros buscan noche y día las fórmulas que les permitan descubrir los tesoros enterrados en las cuevas o en el fondo de los mares. Siempre están viviendo de ilusiones, diciéndose: «El año nuevo me traerá esto o aquello», y esperan. Pero el año transcurre como los demás, y a veces peor que los anteriores. No han sembrado nada, ¡y esperan que crezca algo! Pues no, en esas condiciones, nunca ha fructificado nada en ninguna parte. Sólo si hubiereis plantado, tendréis el derecho a esperar frutos, de lo contrario, no hay nada que esperar.

¿Habéis trabajado, habéis labrado la tierra, vuestra propia tierra? ¿Habéis sembrado y plantado algo en vosotros mismos? En este caso, podéis esperar que el año nuevo os traiga alegría, felicidad y paz, y aunque no lo esperéis, os lo traerá. Pero si no habéis plantado nada y sin embargo esperáis... ¡qué esperanza tan desesperante, os lo aseguro!, pues no está basada en ninguna ley natural.

El año nuevo no está absolutamente separado del viejo; quizás no directamente, pero indirectamente está siempre en relación con él. Porque este año nuevo parece virgen y fresco como un niño... De un niño que acaba de nacer se dice que es puro, que es inocente. Sí, pero sólo en apariencia, pues este niño que ya está atado a sus padres, abuelos, bisabuelos, a la sociedad, al espíritu del siglo, lleva consigo las marcas de sus vidas pasadas, y un día, de una forma u otra, todo esto se manifiesta. El año nuevo está virgen, es puro, inocente, como hecho de una tela de blancura inmaculada, pero en cuanto entra en contacto con el hombre, ya se colorea: como el agua pura que descende del cielo y toma el color de las tierras que

debe atravesar.

El año llamado nuevo es pues ya viejo desde el comienzo, porque se encuentra con un hombre que ya es viejo en sus pensamientos, sentimientos y costumbres. No se acordó de limpiar los recipientes, las cacerolas o los cántaros con los que debe recoger el agua pura del año nuevo. Sin embargo, esto es lo primero que se aprende en una cocina: cuando hay que verter agua limpia en un recipiente, éste debe estar limpio, y además es necesario raspar las paredes, de lo contrario el agua se vuelve sucia a causa del recipiente; hasta los niños saben esto. Pero cuando se trata de verter agua pura en su alma, en su cabeza, en su corazón, el hombre no piensa en limpiarse: no ha asimilado la lección que aplica cada día en su cocina, no ha comprendido que también en el espacio interior debe aplicar las mismas reglas: tirar lo que está sucio y guardar sólo lo que es puro. ¡Cuántos detalles en la vida cotidiana pueden hacernos comprender esta verdad! En una casa, por ejemplo, hay cuadros, muebles hermosos o joyas de valor que se conservan durante años, y a veces durante siglos, pero todo lo que no tiene ningún valor se echa; en cuanto a las flores ocurre lo mismo; se conservan dos o tres días, y después hay que reemplazarlas... ¡Pero el hombre cree poder conservar eternamente en sí mismo todo lo que está viejo, sucio y corrompido!

Para comprender mejor el año nuevo debemos recibirlo con la profunda convicción de que es un ser vivo y rico que trae estupendos regalos, y que para recibirlos adecuadamente hay que preparar numerosos aspectos de uno mismo, pulir profundamente estos aspectos para eliminar lo caduco acumulado en el corazón y en la cabeza. Antes de que llegue, hay que dejar un hueco para el año nuevo en el propio yo.

La Cábala dice que el año nuevo está influenciado por las estrellas. El nacimiento de un año se parece al nacimiento de un niño. Es el nacimiento de una vida que va a durar un año. Cuando nace un niño, se hace su horóscopo según el día y la hora de su nacimiento para determinar el desarrollo de los acontecimientos que ocurrirán en su vida. Lo mismo ocurre para el año, y hay que saber que el primer día va a determinar el primer mes, el segundo día el segundo mes, el tercer día el tercer mes, y así sucesivamente... Por consiguiente, hay que vivir, pensar, sentir y comportarse correctamente por lo menos durante los doce primeros días para establecer una base inteligente, luminosa, gracias a la cual los doce meses del año quedarán influenciados, determinados por el bien.

Algunos dirán: «Yo he hecho todo lo posible durante los doce primeros días, pero no ha sido un año maravilloso». Es porque os habéis dejado influir por las viejas cosas del pasado. Hay que limpiarlo, extirparlo todo, lavarse y purificarse. Pero no se hace, porque no se piensa en ello. Evidentemente es imposible limpiarlo todo, purificarlo todo en un día: la influencia de siglos pasados está ahí, y el año nuevo estará siempre mezclado con el viejo. Para obtener una mejora del cien por cien, habría que ser una divinidad. Pero mejorar la situación en un veinte, treinta, cincuenta por cien, es suficiente para los discípulos.

Si queréis establecer el horóscopo de lo que el año será para vosotros, no debéis tomar la hora de medianoche, porque a pesar de las diferencias de latitud, de longitud, sería un horóscopo para toda la humanidad y no correspondería a los acontecimientos que pueden ocurrir en la vida de cada uno. Seguro que es posible compensar este horóscopo colectivo con vuestro horóscopo natal para prever o explicar los sucesos. Pero si se quiere establecer el horóscopo del año para alguien en particular, se debe elegir el momento de despertarse, o de empezar a manifestarse. Este es el momento de su «nacimiento», o primer día del año nuevo. Si un hombre se levanta a las once de la mañana, es a las once horas cuando hay que hacerle el horóscopo, porque en ese momento ha empezado a moverse, a chillar, a preguntar a su mujer: «¿Dónde están mis calcetines, mi camisa»? ... ¡Y sobre todo los gemelos, que no aparecen! Sí, la vida de cada cual está determinada por lo que empieza a hacer el primer día del año al despertarse.

Para nosotros, que formamos parte de una colectividad, el año empieza ahora, en el momento en que nos reunimos para rezar y cantar. Luego, durante todo el día, debéis vigilar vuestros pensamientos y sobre todo vuestras palabras; si la lengua os escuece, id a esconderos en cualquier parte, pronunciad algunas palabras para tranquilizaros, y volved sonrientes.

Al día siguiente también debéis vigilaros para conseguir las condiciones óptimas para el mes siguiente... Aun así, puede que vuestro año no sea absolutamente ideal porque, como ya os he dicho, el presente está atado al pasado, es decir, a los años precedentes y también a las vidas anteriores. Si por ejemplo debéis dinero a alguien, puede que venga a reclamároslo el primer día del año; no dejará que éste transcurra, incluso puede que venga justamente ese día... y si tenéis enemigos en el plano astral, la fecha del 1º de enero no impedirá que os atormenten. ¿Cómo desembarazarse de esos enemigos interiores? He aquí una cuestión muy importante porque debéis saberlo. El hombre tiene enemigos internos, y

estos son los peores. Pero a pesar de que no obtengáis resultados absolutos, esto que os digo siempre será útil porque os permitirá mejorar la situación, y sobre todo evitar que empeore.

Ahora, podemos levantarnos y empezar nuestras plegarias como de costumbre. Así inscribimos el primer día del año 1963 en los registros akashicos viviéndolo sumidos en la plegaria, en la adoración, en el amor y en los cantos. Y que Dios clemente y misericordioso se incline sobre la Fraternidad, que Él le dé posibilidades de expansionarse, ¡de proyectar luz en el mundo entero para que su Reino venga lo más pronto posible sobre la tierra, y que la paz y la armonía se instalen por fin entre los hombres! Si las personas están demasiado interesadas en sus asuntos o demasiado ocupadas en las discotecas y en los cabarés para anhelar, desear y pedir la realización del Reino de Dios sobre la tierra, ¡que haya al menos algunas personas que lo piden!

Ved, pues, cuál es el trabajo por hacer durante este año. Primero fijaros este ideal, este fin sublime: realizar el Reino de Dios y su justicia sobre la tierra. Además, estad siempre despiertos, conscientes, para observaros, ved si os aproximáis a este ideal o si os alejáis de él. Por fin, el tercer punto, se sobreentiende: consagrar todas vuestras fuerzas y vuestras capacidades para la realización de esta tarea. De esta manera, el intelecto, el corazón, y la voluntad van en la misma dirección: el intelecto está siempre atento, vigilante, es claro y perspicaz, lúcido; el corazón alimenta este alto ideal, lo desea, lo ama, está siempre en comunicación con él; y la voluntad se pone a trabajar para servir, a la vez, al corazón que desea lo más elevado, y al intelecto que, como un guía, un consejero, un instructor, vigila, ilumina y orienta. En estas condiciones, cualesquiera que sean los obstáculos y las dificultades, el espíritu del hombre triunfará siempre; tarde o temprano triunfará, porque estos tres factores primordiales disponen de elementos extremadamente poderosos que, por el momento, desconocemos.

Si no obtenéis los resultados que deseáis, se debe a que aún no habéis reunido totalmente estos tres factores, no los habéis conciliado ni entrelazado. Cada uno trabaja, pero por cuenta propia, sin relación con los demás, sin armonía. Si el intelecto ha comprendido que orientarse hacia las alturas es algo magnífico, así como alcanzar las cimas, fundirse con el Creador, a menudo las preferencias del corazón van en otra dirección. Y por este motivo debéis intentar esclarecerle, orientarle, dirigirle. Es realmente posible empujar a vuestro corazón hacia aquello que vuestro intelecto encuentra razonable, sabio y útil, e incitar a vuestra voluntad a ejecutarlo.

Pero la mayoría de las personas no se dan cuenta de la existencia en ellos de estas contradicciones, de estos desórdenes, de estas luchas, y aun dándose cuenta, lo aceptan como una fatalidad, porque ignoran la causa. Y es que no han encontrado aún una guía que les aconseje para reunir estos tres poderes, el intelecto, el corazón y la voluntad, a fin de orientados en la misma dirección.

En realidad, el hombre puede remediar todas sus divisiones internas creándose un ideal divino y estando dispuesto a seguirlo a cualquier precio, nutrirlo, desearlo y alimentarlo hasta que este ideal se poseione en él, se instale y se concrete, encarnándose en él hasta el punto de que finalmente sean una misma cosa. Todos aquellos que viven sin un ideal advierten que sus fuerzas se dispersan con rapidez y arruinan completamente su existencia.

Desgraciadamente, esta asociación formidable es la unión indivisible entre el intelecto, el corazón y la voluntad para la realización de un ideal; ¿sabéis dónde se la encuentra muy a menudo? En los criminales. Inconscientemente han conseguido, como los Iniciados, unir estos tres factores, pero en este caso con la finalidad de robar, matar, destruir. Y, en general, entre esos criminales y los Iniciados se encuentran muchas personas sin verdadera orientación, en las que esos tres factores están desunidos o luchan entre sí.

Está dicho en el Apocalipsis: «Tú puedes mostrarte frío o cálido, pero si te muestras tibio, yo te vomitaré de mi boca». Estas palabras sobreentienden toda una ciencia. «Tú puedes mostrarte frío o cálido», quiere decir: inclínate por el bien o por el mal, pero no permanezcas vacilante, flotante: que tu intelecto, tu corazón y tu voluntad trabajen conjuntamente, aunque sólo sea por pocas cosas. El Cielo no ama a los criminales, pero al menos son seres fuertes, decididos, capaces, y el Cielo ama estas cualidades. Porque, aunque por el momento esos seres hacen el mal, el Cielo se dice: algún día cambiarán. “Una pequeña zancadilla y se les obligará a cambiar de dirección. Desde el momento en que se han ejercitado durante largo tiempo en obrar asociando su corazón, su intelecto y su voluntad, son preciosos para nosotros, podremos utilizarlos”. Pues en tanto que han tenido el coraje, el espíritu de decisión, la voluntad para robar, destruir, exterminar, los tendrán también para hacer el bien. Mientras que los indecisos, los débiles, puede que no hagan mal alguno, pero tampoco son capaces de hacer el bien, y el Cielo se desespera porque no sabe en qué emplearlos. En ellos todo está desordenado, no tienen ninguna convicción,

cualquiera puede influirles, y la misma logia negra puede servirse de ellos. Son, pues, peligrosos y por esta razón se dice que serán «vomitados», es decir, rechazados.

Si algunos no consiguen cierta realización interna, ni tan siquiera externa, es porque los tres poderes del intelecto, corazón y voluntad están desunidos.

Exactamente lo mismo ocurre en una familia: cuando el padre marcha en una dirección, la madre en otra y los niños en una tercera, ¿qué pasa? Esa familia se disgrega. Pues bien, las mismas leyes existen en la familia interior: el padre, el intelecto, tiene su objetivo; la madre, el corazón, tiene también el suyo, totalmente diferente; y la voluntad, es decir, los hijos, sin directriz alguna, no hacen más que tonterías.

Vosotros estáis en una Escuela Iniciática a fin de tomar conciencia de muchas verdades nuevas que os sirvan para enderezar vuestra vida, reorientarla, organizarla y darle una dirección divina. Probadlo, poned orden en vosotros mismos, en vuestro intelecto, en vuestro corazón y en vuestra voluntad, unid estos tres factores y dirigidlos hacia un mismo fin: el cumplimiento de la voluntad de Dios. Veréis como cambia vuestra vida, lo cual no quiere decir que no volváis a ser sacudidos por nuevos tornados y temblores de tierra; no, mientras se viva sobre la tierra tendréis sacudidas, pero pasarán deprisa y sólo dejarán huellas superficiales. La casa se mantendrá en pie porque está formada de materiales resistentes. Mientras que, en el pasado, al menor choque todo se derrumbaba.

Yo no os hago grandes promesas, no os digo que entrando en la Enseñanza obtendréis todo tipo de riquezas, de gloria, y la amistad de los poderosos. La única cosa que puedo deciros es que, si llegáis a dirigir vuestro intelecto, vuestro corazón y vuestra voluntad hacia un mismo fin, se producirá un cambio en vuestra conciencia. Este cambio será minúsculo al principio, pero el Cielo y la tierra están en él. Acordaos de lo que dijo Jesús a propósito del grano de mostaza: «Esta es la más pequeña de todas las simientes, pero cuando ha crecido es la más grande de las plantas del huerto y se transforma incluso en un árbol, en el que los pájaros del Cielo vienen a posarse». No es pues el grosor o la pequeñez del frasco lo que cuenta, es su vigor. Podemos identificar al grano de mostaza con un pensamiento, un sentimiento, en apariencia imperceptibles pero que, si son intensos y las condiciones adecuadas, tienen el poder de producir realizaciones gigantescas. «Los pájaros del cielo vienen a abrigarse en sus ramas», dice

Jesús. Los pájaros son los espíritus del mundo invisible que vienen a visitarnos e incluso a encontrar un abrigo en vosotros.

Yo no os hago pues grandes promesas, sólo os digo que, si procuráis comprenderme bien, si recogéis con amor la pequeña promesa que os hago hoy, si la cuidáis, si la alimentáis, crecerá un árbol donde los mismos ángeles vendrán a posarse. La semilla que hoy os doy, es transmitiros el ideal de asociar estos tres factores: la inteligencia, el corazón y la voluntad, para un mismo fin, pues sólo en estas condiciones son posibles las grandes realizaciones. Como estos factores son de origen divino, cada uno contiene tesoros inauditos, y una vez unidos y reconciliados con el Cielo, están en comunicación constante con él. Cuando el intelecto tiene sus raíces en el Cielo, su luz aumenta y recibe continuamente inspiraciones y revelaciones. Cuando el corazón está ligado al Cielo, en donde tiene su origen, bebe el elixir de la vida inmortal, bebe del amor, está siempre maravillado, siempre embelesado y se vuelve vasto como el universo. En cuanto a la voluntad, si está constantemente ejercitada, se vuelve tan poderosa que derriba todos los obstáculos: unida al Cielo, puede ser tan fuerte como Dios mismo.

Dicen que la unión hace la fuerza, pero hasta el momento esta unión sólo ha sido entendida exteriormente, en el terreno social, político, militar: unión para destruir, o unión para construir, pero siempre se trata de una unión externa. En adelante, hay que comprender la unión interiormente. Debemos estar unificados por nuestro ideal, debemos estar unificados por una idea divina, por nuestro amor fraternal; unificados en los trabajos que realizamos para traer el Reino de Dios. Es entonces cuando la unión se convierte en un poder extraordinario. La unión externa no es mala, pero es incompleta. Las personas se asocian momentáneamente, pero al poco tiempo, esta asociación se deshace y cada uno se va por su lado. Mientras que la unión de la que estamos hablando, la unión que da lugar a la verdadera fuerza dura eternamente. Cuando os unáis a los Ángeles, al Cielo, a vuestro Yo superior, no será por un día, o dos, ni siquiera por algunos años. No os uniréis para obtener un resultado cualquiera después del cual os hundís de nuevo en la ignorancia y las tinieblas, ¡no! Se trata de una unión para siempre, para toda la eternidad... Esto es lo que debéis entender.

Hoy es el primer día del año y durante doce días como mínimo tenéis que vigilaros, tenéis que estar atentos a vuestras palabras, a vuestros sentimientos, a vuestros gestos, siempre con el pensamiento puesto en el Reino de Dios y en la Fraternidad universal. Evidentemente es muy difícil, pues siempre surgen cosas imprevisibles; pero si vuestra conciencia está ahí

para vigilar, para orientar, para remediar, podéis hacer un trabajo glorioso, un trabajo divino. Es posible que durante esos doce primeros días tengáis tentaciones, pruebas, solicitudes inferiores de criaturas... son cosas que hay que prever. Yo no os prometo durante estos doce días tarea fácil ni para vosotros ni para mí; pero al menos, todos juntos, unidos, podremos ayudarnos mutuamente. Lo más importante es la unión, pero prioritariamente la unión en nosotros mismos de corazón, intelecto y voluntad.

Algún día, cuando tengáis la posibilidad de recordar todo lo acaecido en los diferentes momentos de vuestra existencia, constataréis sin duda alguna, que los minutos que habéis pasado en la Fraternidad entre meditaciones, cantos y oraciones, habrán sido los más importantes y los más preciosos de vuestra vida. Actualmente no lo veis, no lo sabéis, pero algún día, cuando veáis las cosas con más claridad, comprenderéis el tipo de trabajo en que habéis participado, y entonces diréis: «¡Qué Dios sea loado, qué Dios sea loado por haberme permitido participar en esta grandiosa obra!» Y cuando os sean mostradas las consecuencias de este trabajo, las maravillas realizadas en el mundo entero gracias a este trabajo, quedaréis deslumbrados, pues este trabajo en el que os pido que participéis, ha sido ya emprendido en lo alto por los ángeles y las divinidades, y los que estamos aquí sólo deseamos abrir una pequeña puerta para que esta labor divina obtenga también resultados en nuestro plano físico.

* * *



www.laensenanza.org